CIUDAD DE MÉXICO BAJO FUEGO: LA DECENA TRÁGICA (1913)

*Valeria Zepeda Trejo**

Cuando Hernán Cortés llegó a Tenochtitlán (1519) entendió que, para conquistar a la gente del Nuevo Mundo que había descubierto, era absolutamente necesario tomar la ciudad capital, que era el centro del imperio mexica, donde todo sucedía. Después de lograr su objetivo y a pesar de ser una ciudad muy complicada rodeada de agua (en realidad era una isla), los españoles decidieron reconstruir la ciudad sobre la antigua, para establecer un dominio político y religioso. Desde entonces, Ciudad de México no solo ha sido el centro geográfico del país, sino también el núcleo político y económico, y como tal ha experimentado diferentes complicaciones. A lo largo del tiempo se ha sabido que quien controle Ciudad de México domina todo el país. El siglo XIX fue testigo de esta situación. De entre los muchos acontecimientos de la historia mexicana que ejemplifican el significado político de la ciudad se encuentra la Decena Trágica de 1913. En solo diez días, una pequeña insurrección logró conquistar la capital y hacerse con el gobierno. Ameritan un recuento estas aciagas horas para entender cómo los sucesos políticos afectaron profundamente a Ciudad de México y, por ende, a todo el país.

La Revolución Mexicana dio inicio en noviembre de 1910, y la primera etapa concluyó en junio de 1911, cuando Francisco Madero tomó la

43

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

capital.¹ La misma fragilidad de no controlar todo el territorio, pero sí la capital, se mostró a lo largo de 1912 durante los primeros meses del gobierno de Madero. Enfrentó muchos levantamientos de diferentes grupos políticos y sociales que no estaban de acuerdo con su manera de gobernar (campesinos, obreros, burguesía porfiriana, militares porfiristas). No obstante, para enero de 1913 la nueva administración había logrado mitigarlos y ninguno logró tomar la capital. Hasta entonces, Ciudad de México había sido, en muchos sentidos, inmune a la insurgencia revolucionaria.

Día uno (9 de febrero)

Esa inmunidad cambió el 9 de febrero de 1913. Ciudad de México enfrentó sus peores 10 días del proceso revolucionario y la gente sufrió las terribles consecuencias de una ciudad bajo fuego. Soldados porfiristas y grupos conservadores no estaban de acuerdo con el nuevo presidente, temían que sus privilegios se desvanecieran, por lo que desde octubre de 1912 planeaban un golpe de Estado contra Madero en la capital.²

Al amanecer, un fuerte viento barrió la ciudad, que por esas épocas no era tan grande como ahora, solo ocupaba lo que hoy llamamos “el centro” y estaba rodeada de grandes llanuras, así que cuando soplaban fuertes vientos, nubes polvorientas penetraban las calles. Contaba en aquellos momentos con unos 800 000 habitantes.³ Al sur de la ciudad, en la escuela militar de Tlalpan, un grupo de generales despertó a los cadetes para marchar hacia el Palacio Nacional. Al mismo tiempo, el general Manuel Mondragón,⁴ quien había sido el encargado de planear el

¹ Aun cuando Porfirio Díaz había renunciado al cargo, no hubo en realidad un control efectivo de todo el país, pero el simple hecho de tomar Ciudad de México otorgaba una victoria definitiva.

² Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia mexicana* (México: Grijalbo, 1977), 267.

³ Paco Ignacio Taibo II, *Temporada de zopilotes. Una historia narrativa de la Decena Trágica* (México: Planeta, 2009), 29.

⁴ El general Manuel Mondragón adquirió gran prestigio militar durante el Porfiriato, sobre todo por sus aportaciones a la industria bélica. Como militar visitó Bélgica y Francia con el afán de conocer lo último en tecnología militar y desde un principio combatió al movimiento maderista. *Ibid.*, 13.

golpe, partió con otros soldados del cuartel de caballería de Tacubaya en dirección a la ciudad. Ambas columnas se encontraron en un punto y se dirigieron a la prisión de Tlatelolco para liberar a Bernardo Reyes.⁵ Fue rescatado rápidamente y con muy poco esfuerzo, y se colocó al mando de las tropas que marcharon a liberar a otro hombre muy importante, Félix Díaz, sobrino del dictador, quien después de un levantamiento en 1912 había sido encarcelado en la prisión más moderna de la época en América Latina, el Palacio de Lecumberri.⁶ Los guardias de la prisión no tenían nada para enfrentar al numeroso grupo y Díaz fue liberado.⁷

Mientras tanto, amanecía. En Palacio Nacional el jefe militar de Ciudad de México, Lauro Villar, fiel a Madero, se enteró de los acontecimientos en curso. Inmediatamente desplegó sus tropas frente al Palacio, listas para el combate. Los curiosos comenzaron a llegar al Zócalo. Reyes, Díaz y Mondragón marchaban hacia la plaza principal desde la calle de Moneda. En la esquina de Santa Teresa, envalentonado, Reyes se acercó a las puertas de Palacio Nacional y ordenó a Lauro Villar que se rindiera. Villar no cedió, sino que ordenó abrir fuego. Así, Reyes se convirtió en una de las primeras víctimas del enfrentamiento.⁸

Comenzó un terrible tiroteo. Algunos rebeldes tomaron las torres de la catedral y desde allí disparaban a todo lo que se movía en el Zócalo.

⁵ José Ángel Aguilar, *La Decena Trágica* (México: INEHRM, 2013), 55-57. Reyes fue un militar y político nombrado por Porfirio Díaz como gobernador del nortero estado de Nuevo León. Aplicó de manera eficaz la política porfiriana de orden y progreso, en particular eliminando rivales políticos, pero también construyó su propia base de poder. Ayudó en la modernización de su estado, fomentó la industrialización local, impulsó la educación pública y la salud, y mejoró la vida de los trabajadores. Reyes sirvió en el gabinete durante dos años como ministro de Guerra. A medida que Díaz envejeció y la sucesión presidencial se convirtió en un tema abierto de discusión, se fue convirtiendo en un posible candidato a ocupar la presidencia. Se le veía como un reformador, favorable a las empresas, y era muy apreciado por profesionales como médicos y abogados. Por consiguiente, era un candidato viable del viejo orden con experiencia tanto militar como política que podría manejar una transición presidencial. No era un forastero ni un agitador radical. Por un tiempo fue partidario de Madero, pero más tarde lideró la primera rebelión en su contra, la cual fracasó y fue encarcelado. Javier Torres Parés y Gloria Villegas Moreno, coords., *Diccionario de la Revolución Mexicana* (México: UNAM, 2010), 355-356.

⁶ El edificio alberga hoy el Archivo General de la Nación.

⁷ Aguilar, *La Decena Trágica*, 64.

⁸ Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero* (México: INEHRM, 2013), 353-355.

Muchas personas quedaron heridas, la mayoría civiles que salían de la misa de la mañana y curiosos que no sabían lo que pasaba. Otros descendían de los carros que llegaban a la plaza principal y había niños vendedores de periódicos. Todos fueron víctimas del intercambio de fuego.⁹ La revolución llegó a Ciudad de México. Veinte minutos duró el primer enfrentamiento, y murieron 200 rebeldes, 51 leales y muchos más civiles.¹⁰ Confundidos, Félix Díaz y Mondragón no sabían qué hacer, el primer intento había fracasado. En esta confusión decidieron retirarse hacia la Ciudadela, edificio que albergaba el armamento de la ciudad. La Decena Trágica había comenzado. La ciudad en su conjunto se vería afectada por estos enfrentamientos políticos.

Al conocer la situación, el presidente Madero solicitó una guardia presidencial de la escuela militar de Chapultepec.¹¹ Con la mayoría de su gabinete y los cadetes acompañándolo, Madero montó a caballo y avanzó por la avenida Reforma. La gente encontraba extraño el movimiento de la columna; las ventanas y las puertas se abrían para observar. Poco a poco, los civiles leales a Madero se unieron al presidente. Al dar la vuelta en avenida Juárez, la gente vitoreaba al presidente. Un hombre solitario le entregó una bandera. Cuando la comitiva llegó al Teatro Nacional¹² se escucharon disparos. Madero se había convertido en un ídolo popular y muchos trataban de protegerlo. El grupo se refugió en el edificio Daguerre, ubicado frente al Teatro Nacional.¹³ Aclamado por la multitud, Madero salió al balcón sin saber que su asesino, la razón de su fracaso, estaba a su lado: Victoriano Huerta. Después de asegurarse de que las condiciones eran propicias, Madero continuó su camino hacia el Palacio Nacional por la calle de San Francisco (rebautizada después como calle Francisco I. Madero).¹⁴ Al llegar al Zócalo observó una escena dolorosa: cuerpos dispersos en el suelo, caballos sin jinete que corrían

⁹ Aguilar, *La Decena Trágica*, 72.

¹⁰ *El Imparcial*, 10 de febrero de 1913, www.hndm.unam.mx.

¹¹ En aquella época la residencia oficial del ejecutivo era el Castillo de Chapultepec. Asimismo, el apoyo de los cadetes de esta escuela militar muestra que no era un levantamiento masivo y que no todo el ejército apoyaba a los conspiradores.

¹² Hoy el Palacio de Bellas Artes.

¹³ El edificio ya no existe. En su lugar se encuentra una tienda departamental.

¹⁴ Aguilar, *La Decena Trágica*, 76-78.

asustados. Se enteró de que el general Reyes había muerto y de que los rebeldes huyeron al edificio de la Ciudadela. Lauro Villar, defensor del Palacio Nacional, había caído herido y Madero tomó la peor decisión: en lugar de Villar, nombró a Victoriano Huerta como nuevo jefe militar.¹⁵

El jefe de uno de los hospitales de Ciudad de México convocó a todo el personal para que atendiera a los heridos. Solo había diez médicos y la misma cantidad de enfermeras. Trabajaron día y noche durante la Decena Trágica. Ciudad de México se convirtió en un campo de batalla. Todo estaba paralizado: no había tráfico y se habían suspendido los servicios públicos. A causa del tiroteo, la gente se metió a su casa. Solo la Cruz Roja trabajaba sin descanso y utilizó muchos vehículos como ambulancias. Las noticias y los rumores corrían deprisa por toda la ciudad. La incertidumbre dominaba a la población. Después del primer encuentro, la ciudad quedó en silencio y las calles desiertas.¹⁶

Los amotinados llegaron a la Ciudadela,¹⁷ donde se produjo un segundo tiroteo. Muchos civiles bien vestidos se unieron a los rebeldes. El arsenal fue tomado tras una hora de lucha y se convirtió en el cuartel general de los disidentes.¹⁸ Hay que recordar que en Ciudad de México vivía la rica burguesía conservadora, los comerciantes, los profesionistas. No eran afines a Madero, no formaban parte del pueblo que le ayudó a derrocar a Porfirio Díaz (el pueblo vive en el campo o en las afueras de la ciudad), sino que estaban a favor de Reyes y del regreso del viejo régimen. Esta rebelión venía de arriba, era una contrarrevolución, muy pequeña porque no tuvo apoyo en ninguna otra parte del país. Al contrario, se leía en los periódicos del 10 de febrero que los gobernadores respaldaban al presidente legítimo. Pero el levantamiento estaba ocurriendo en Ciudad de México, el centro de todo: si controlaba la capital, controlaría el país.

¹⁵ Taibo II, *Temporada de zopilotes*, 46-53. Después de una carrera militar durante el régimen de Porfirio Díaz, Victoriano Huerta se convirtió en oficial de alto rango en la presidencia de Madero. Se ganó el ascenso cuando derrotó a uno de los movimientos más feroces que se oponían al nuevo gobierno revolucionario, el liderado por Pascual Orozco.

¹⁶ Aguilar, *La Decena Trágica*, 90.

¹⁷ Fábrica Nacional de Armas y Cuartel de Guardias Presidenciales.

¹⁸ Aguilar, *La Decena Trágica*, 94-95.

No muy lejos, los rebeldes atacaron una cárcel y los prisioneros escaparon y se unieron a la asonada. Comenzaba a reinar el caos. La mayoría de las tiendas habían cerrado y cerca de la Ciudadela algunos civiles levantaban barricadas. En las calles se veían diversos objetos: fragmentos de metralla, proyectiles de cañón, ropa, sombreros y muchos artículos abandonados. Los actos violentos se multiplicaron. No solo luchaban los militares, sino que también los civiles se enfrentaban. Nadie sabía realmente a qué lado pertenecían. La gente atestiguaba un gran desorden, que permitió el saqueo.¹⁹

A las cinco de la tarde, Henry Lane Wilson, embajador de Estados Unidos, exigió el cierre de bares, cantinas y todas las tiendas que vendieran alcohol, y pidió también más policías, pues no había suficientes elementos y resultaba imposible poner orden en las calles. Por la noche se hizo el silencio. No había luz eléctrica y las tinieblas se apoderaron de todo. Solo se veían sombras, algunos soldados, y se oyó una puerta que se abrió deprisa y se cerró inmediatamente.²⁰

Día dos (10 de febrero)

48

El lunes 10 de febrero los periódicos informaron de lo ocurrido. El *Mexican Herald* entrevistó a Félix Díaz, quien anunció qué edificios tenían los rebeldes bajo su control: la Ciudadela, la construcción de guardias presidenciales, la Escuela de Comercio, la YMCA y la cárcel de Belén.

Nadie deambulaba por las calles y la ciudad mostraba los primeros indicios de la lucha: casas con agujeros de balas, cadáveres abandonados, marcas de sangre en el suelo.²¹

Varios soldados llegaron de diferentes partes para apoyar a Madero.²² A pesar de que no hubo un tiroteo, se produjeron encuentros dispersos por toda la ciudad. La gente se preparaba para el gran ataque. El general

¹⁹ *El Imparcial*, 10 de febrero de 1913.

²⁰ Márquez Sterling, *Los últimos días...*, 380; Aguilar, *La Decena Trágica*, 108.

²¹ Aguilar, *La Decena Trágica*, 109-114.

²² El día anterior Madero acudió personalmente a Cuernavaca para buscar el apoyo del general Felipe Ángeles.

Huerta, en Palacio Nacional, señaló a Madero en un mapa la estrategia para recuperar la Ciudadela, pero Madero no sabía que Huerta ya negociaba con los rebeldes por mediación de un tercero. El militar quería el poder y veía la posibilidad de obtenerlo. La víctima fue Ciudad de México, pues Huerta ordenó bombardeos con artillería pesada asegurándose de que los rebeldes no fueran alcanzados. En cambio, el blanco fueron edificios contiguos a la Ciudadela, lo que produjo muchas víctimas civiles.²³

Mientras tanto, no había servicio de telégrafo. Ninguna oficina telefónica pública estaba abierta. La vida en la ciudad se había trastornado. Ocasionalmente se derrumbaba un edificio y otros ardían en llamas. Mujeres y niños fueron víctimas de la guerra. Algunas personas intentaban huir de la ciudad y caminaban pegadas a los muros, tratando de no ser vistas. La angustia y el peligro se percibían en el aire.²⁴

Día tres (11 de febrero)

El martes 11 de febrero todo el mundo sabía que algo iba a pasar. La basura se acumulaba en las calles. Escaseaban los alimentos y los artículos de primera necesidad: no había verduras, ni leche, ni pan; asomaba el hambre. Lo peor fue que la gente no conseguía sal, que se usa como conservador, y donde había, resultaba muy cara. Los únicos ruidos que se escuchaban eran la marcha de los soldados, la artillería y el caminar de los caballos que resonaban en el suelo. A las diez de la mañana comenzó todo. Soldados leales atacaron la Ciudadela. Se produjo un tiroteo terrible y los ruidos de los cañones anunciaban la destrucción. Ciudad de México era un escenario de guerra. Muchos de los disparos alcanzaron a civiles que no combatían. Quedaron dañados edificios, incluyendo hospitales e iglesias. Hubo muerte y sangre. Se veía una escena dantesca.²⁵

²³ Taibo II, *Temporada de zopilotes*, 70; Aguilar, *La Decena Trágica*, 111.

²⁴ Aguilar, *La Decena Trágica*, 116-117.

²⁵ Taibo II, *Temporada de zopilotes*, 72-76; Aguilar, *La Decena Trágica*, 119; *El Imparcial*, 11 de febrero de 1913, www.hndm.unam.mx.

Los leales avanzaron a la Ciudadela solo para encontrarse con una carnicería. El ataque fue desde el principio absurdo y condenado al fracaso. Eso era lo que Huerta quería, ganar tiempo. Y los rebeldes solo se dedicaron a la defensa. Tenían más hombres y armas, pero parecía que no querían atacar. Sabiendo que Huerta podía convertirse en un aliado, prefirieron mantener su posición para crear un vacío político, mostrar la debilidad de Madero y justificar su golpe.²⁶ Pasaron muchas horas, hambre, sed, miedo. La población contemplaba la tragedia. Una turba quemó muchos edificios de periódicos conservadores, que dejaron de imprimirse en los días siguientes. Por la tarde, Huerta visitó por primera vez a Félix Díaz en una casa de la calle Nápoles. Comenzaron a negociar.²⁷

Día cuatro (12 de febrero)

La ciudad se despertó bajo el fuego, los problemas se acumulaban. La gente que vivía en el primer perímetro de la ciudad no entendía lo que pasaba; en general, la gente no sabe de política, no le importa. Pero en ese momento la política y sus consecuencias amenazaban su vida. Todo era tan caótico que no se distinguía quién era quién, con qué bando estaba la gente, pues algunos llevaban uniformes, pero otros no. Se extendía una tierra de nadie entre los beligerantes. Ese día, fue quemada la residencia privada de la familia Madero. Surgían columnas de fuego conforme los voluntarios incineraban los cuerpos que amenazaban a la población con enfermedades. A las once de la mañana se detuvo el tiroteo. Muchos aprovecharon para tratar de huir de la ciudad en grupos con banderas blancas. En algunas casas se colocaron banderas extranjeras en el exterior para evitar ser atacadas.²⁸

²⁶ Ross, *Francisco I. Madero...*, 276-277.

²⁷ Aguilar, *La Decena Trágica*, 133; Ross, *Francisco I. Madero...*, 277; Friedrich Katz, *La guerra secreta en México* (México: Era, 1998), 120-121.

²⁸ Aguilar, *La Decena Trágica*, 141-143.

Día cinco (13 de febrero)

Temprano por la mañana se reanudaron los combates. Los cañones se percibían más lejos en los vecindarios de Roma y Juárez. Algunas casas fueron alcanzadas y las ventanas quedaron destrozadas. La gente estaba asustada por las vibraciones. Casi no había periódicos, así que todo eran rumores. La falta de información precisa, la inquietud y la especulación desbordaban el estado de ánimo de los habitantes. Los rebeldes atacaban casas privadas en la calle Bucareli. Se puso en claro que la lucha era principalmente política, querían socavar el poder y la confianza de Madero.²⁹

Día seis (14 de febrero)

El embajador español, Bernardo de Cóloman y Cóloman, tras una reunión con el cuerpo diplomático liderado por Henry Lane Wilson, se dirigió a Palacio Nacional para entrevistarse con el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin, y negociar un alto al fuego. El objetivo era que las familias pudieran abandonar la zona de peligro con seguridad, permitir la llegada de suministros, transportar a los heridos, proporcionar asistencia médica y enterrar a los muertos. No se logró nada, Madero no cedió, pues Díaz amenazaba que solo cesaría el fuego si el presidente renunciaba. Un fuerte rumor de una posible intervención de Estados Unidos corría por la ciudad. Madero envió un telegrama al presidente estadounidense, William Taft, quien le escribió para asegurarle que no habría tal intervención. No obstante, Pedro Lascuráin tomó el rumor como un hecho y, temiendo que se materializara, pidió a algunos senadores que exigieran la dimisión de Madero. El embajador estadounidense hizo lo mismo entre el cuerpo diplomático.³⁰

²⁹ *Ibid.*, 149-151.

³⁰ Berta Ulloa, *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914)* (México: El Colegio de México, 1971), 48-49; Katz, *La guerra secreta...*, 122; Telegrama de Madero a Taft, 14 de febrero de 1913, National Archives Washington, Decimal File, 812.00/6335.

Día siete (15 de febrero)

Pasaron siete días. Una vez más el embajador español se presentó ante Madero y pidió su dimisión a nombre del cuerpo diplomático. Al mismo tiempo, unos 24 senadores llegaron a Palacio Nacional con el mismo propósito, pero Madero se negó a entrevistarse con ellos.³¹ El famoso reloj de la calle Bucareli había quedado destrozado, así como varios edificios cercanos. La ciudad olía a humo, más víctimas yacían en las calles. Algunos edificios se veían ennegrecidos. El tiroteo continuaba. Las calles de Aranda, Victoria, Balderas, San Diego, Liverpool, Berlín, Bucareli, Independencia y otras mostraban las consecuencias de los enfrentamientos.³²

Día ocho (16 de febrero)

Sorprendentemente, se inició un cese al fuego. Nadie sabía cómo se gestionó. Se suponía que su duración sería de 24 horas, pero, aunque los maderistas respetaron el pacto, los rebeldes se movilizaron. Huerta permitió que entraran subrepticamente en la Ciudadela comida y suministros. Se había aclarado que trabajaba con el bando contrario. En realidad, no era un secreto, y muchos hombres del círculo íntimo de Madero, incluyendo a su hermano Gustavo, trataron de alertar al presidente de la traición de Huerta, pero él no quiso escuchar. Nadie sabe por qué Madero no confiaba en sus fieles colaboradores. La ciudad pagó el precio por dos días más.³³

Con la tregua, la población se lanzó frenética a buscar alimentos. Las mercancías se agotaron a pesar de que los precios se dispararon. Los curiosos salieron a las calles para ver lo que había pasado o buscaban a su familia para corroborar que estuvieran bien. Se encontraron un escenario terrible: los cables eléctricos estaban rotos, las linternas destruidas, los edificios llenos de enormes agujeros o derruidos por completo.

³¹ Ross, *Francisco I. Madero...*, 281-282.

³² Aguilar, *La Decena Trágica*, 175.

³³ Lowell L. Blaisdell, "Henry Lane Wilson and the overthrow of Madero", *The Southwestern Social Quarterly* 43, núm. 2 (1962): 126-135.

De repente, a las dos de la tarde, los rebeldes rompieron el cese al fuego y la mayoría de los curiosos recibieron disparos. El horror regresó. Los civiles se dieron cuenta del fracaso de los maderistas. Para ellos, era una situación imposible. En las calles se decía que el que ordenaba los ataques es un inútil o un traidor. El presidente Madero seguía confiando en Huerta, pero le dio 24 horas para poner fin a la insurrección.³⁴

Día nueve (17 de febrero)

Victoriano Huerta, Félix Díaz y Manuel Mondragón llegaron a un acuerdo, apoyados por Henry Lane Wilson, a quien no le simpatizaba Madero, pues lo veía como una amenaza a los intereses estadounidenses.³⁵ La conspiración quedó lista. Todos sabían que cuando controlaran la ciudad, el poder estaría en sus manos. Desde el centro del país se restablecería el viejo régimen y confiaban en que triunfarían con la ayuda del embajador de Estados Unidos y porque los grupos revolucionarios originales estaban profundamente divididos. Una estructura centralizada de siglos favorecía el plan de los rebeldes. Peor aún, ya tenían la ciudad bajo asedio, solo les faltaba tomar el Palacio Nacional.

Día diez (18 de febrero)

Huerta explicó a los senadores que era imposible tomar la Ciudadela debido a sus gruesos muros del siglo XVI, pero al mismo tiempo prometió a Madero que la atacaría a las tres de la tarde. El secretario de Guerra, algunos senadores y el presidente de la Corte Suprema, todos porfiristas, que intentaban detener una posible intervención extranjera (el rumor persistía), coincidieron en que la única salida era la renuncia de

³⁴ Aguilar, *La Decena Trágica*, 192-195; Taibo II, *Temporada de zopilotes*, 97-99.

³⁵ Desde la década de 1880 habían llegado al país empresas estadounidenses para invertir en sectores claves de la economía: minería, ferrocarriles, petróleo y otras. La llegada de Madero se percibía como una amenaza, pues consideran que propugnaba un fuerte nacionalismo que podría culminar en expropiaciones. Véase: Valeria Zepeda, *Henry Lane Wilson y el derrocamiento del presidente Madero* (México: INEHRM-ITAM, 2018).

Madero.³⁶ Uno de los mayores errores de Madero fue que sostuvo a muchos porfiristas en su gabinete y la mayoría del Congreso también provenía de ese grupo político. En pocas palabras, mantuvo intacta la estructura política, por lo que no se cumplió una verdadera revolución y pagó un precio muy alto por ello.

Mientras se llevaba a cabo esta reunión, la artillería de la Ciudadela, con cañones en la azotea, bombardeó el Palacio Nacional. A la una y media de la tarde, Madero se encontraba con su gabinete cuando súbitamente entró un pelotón a la sala. Los soldados intentaron arrestar al presidente, pero sus hombres lo protegieron y se produjo un intercambio de disparos. Madero tomó el ascensor hacia el patio inferior, donde topó con un soldado más traicionero. El general Blanquet, al principio leal a Madero, había sido convencido por Huerta de cambiar de bando. Solo entonces el presidente se dio cuenta de la traición. Blanquet exclamó: “Señor Madero, es mi prisionero”, a lo que Madero respondió: “Y usted es un traidor”. El presidente, el vicepresidente José María Pino Suárez y un grupo de leales fueron conducidos al mando militar ubicado dentro del Palacio Nacional.³⁷ Blanquet informó a Huerta que Madero había sido detenido. En ese momento, el traidor comía en un restaurante lleno de soldados con el hermano de Madero, Gustavo, quien había señalado en varias ocasiones que el general conspiraba contra el ejecutivo. Huerta lo invitó para “enmendar las cosas”. Cuando confirmó la noticia de que el presidente había sido hecho prisionero, le dijo a Gustavo: “Está bajo arresto” y ordenó a dos oficiales que se lo llevaran.³⁸

En la ciudad todo eran rumores. No había disparos ni fuego. A las cinco de la tarde repicaron las campanas de la Catedral para anunciar que todo había terminado. Los vecinos salieron a las calles, todavía sin saber cómo ni cuándo ha llegado la paz, pero lo celebraron después de diez días de miseria. La alta sociedad de Ciudad de México y la aristocracia lo festejaron. Se veían señoras muy bien vestidas bebiendo champán afuera de la Ciudadela. Incluso se llevaron a sus

³⁶ Aguilar, *La Decena Trágica*, 220-222; Márquez Sterling, *Los últimos días...*, 454-455.

³⁷ Márquez Sterling, *Los últimos días...*, 459-465.

³⁸ Aguilar, *La Decena Trágica*, 236.

casas como trofeo metralhas y granadas utilizadas por los rebeldes.³⁹ A las siete, Henry Lane Wilson recibió a Félix Díaz, Victoriano Huerta, Mondragón y otras personas en la embajada de Estados Unidos. El embajador se colocó como intermediario entre Huerta y Díaz para dar solución a la situación prevaleciente. La reunión comenzó a las nueve. Los acuerdos alcanzados se llamaron más adelante “Pacto de la Embajada”. Ahí se declaró el rechazo a Madero y se estipuló que, tras su renuncia, Victoriano Huerta se convertiría en presidente interino con la promesa de convocar a elecciones en las que se esperaba que Félix Díaz triunfara.⁴⁰

Día once (19 de febrero)⁴¹

Al amanecer, Huerta ordenó entregar a Gustavo Madero al general Mondragón en la Ciudadela. El hermano del presidente sufrió una muerte terrible. Su cuerpo disminuido fue abandonado en el parque frente al edificio que yace, irónicamente, en la escalinata de la estatua de José María Morelos, uno de los héroes mexicanos de la Independencia. Presos, Madero y Pino Suárez fueron presionados para que dimitieran de sus cargos. Huerta sabía muy bien que para darle legitimidad al golpe necesitaba una renuncia firmada. A la una de la tarde, y después de conocer la suerte de Gustavo, Madero y Pino Suárez renunciaron convencidos de que no había nada más que hacer.⁴²

La Constitución de 1857, vigente en ese momento, establecía que en caso de que no hubiera presidente ni vicepresidente, el secretario de Relaciones Exteriores asumiría el poder. Así, el canciller Pedro Lascuráin, se convirtió en presidente en funciones, y casi enseguida nombró a Huerta como ministro de Relaciones Exteriores y renunció; solo 45 minutos duró su presidencia. El Congreso aceptó rápidamente la

³⁹ *Ibid.*, 252.

⁴⁰ Katz, *La guerra secreta...*, 131-132.

⁴¹ Se le llama Decena Trágica porque fueron diez días de enfrentamientos hasta que se apresó a Francisco Madero; no obstante, los sucesos no culminarán sino con su muerte el 22 de febrero, lo que suma un total de 14 días.

⁴² Aguilar, *La Decena Trágica*, 272.

renuncia de Madero, seguido por la Corte Suprema. El golpe se convirtió en un hecho legítimo. El rumor de la aprehensión de Madero corrió deprisa por Ciudad de México, y la gente se había enterado del terrible final de Gustavo. La familia Madero se dispuso a huir del país y pretendía, con la ayuda del embajador cubano, Manuel Márquez Sterling, que Huerta permitiera a Francisco exiliarse.⁴³

Día doce (20 de febrero)

Por la mañana, las tropas rebeldes marcharon por las calles, ovacionadas por la gente. Partieron de la Ciudadela y tomaron por la avenida Juárez y San Francisco hasta el Zócalo. El desfile de los rebeldes había comenzado. En las calles, colgaban banderas de los balcones y se lanzaba confeti. Nuevamente aparecieron los curiosos, pero la mayoría de los que acompañaban a las tropas eran personas de clase alta que celebraban su triunfo en carruajes y vehículos oficiales. Díaz y Mondragón montaron a caballo. Huerta esperaba en Palacio Nacional para recibir al séquito. De repente, un improvisado torneo de oratoria comenzó a alabar a los rebeldes.⁴⁴

56

Día trece (21 de febrero)

Las cosas comenzaron a normalizarse, los periódicos anunciaron en primera plana la victoria de Díaz y Huerta. Para entonces, muchos gobernadores y militares de los estados repudiaban a Huerta. Para aquellos que participaron en el derrocamiento de Porfirio Díaz, Huerta representaba al peor de los porfiristas. Se daban cuenta de que con él, México estaba condenado. Entonces se inició una nueva fase revolucionaria, un movimiento popular que vendrá del norte del país. Fueron muchos y lograron el control de la mayor parte del territorio nacional en 1914. Pero no expulsaron a Huerta sino hasta que nuevamente tomaron Ciudad de México y comenzó la verdadera revolución.

⁴³ Márquez Sterling, *Los últimos días...*, 483-486.

⁴⁴ Aguilar, *La Decena Trágica*, 283-285.

Día catorce (22 de febrero)

Cuando Huerta tuvo noticia de los disturbios en otras partes del país, se dio cuenta de que la única manera de consolidar su poder consistía en eliminar a Madero. Era demasiado arriesgado dejarlo ir a Cuba, desde donde probablemente organizaría un contraataque. A las diez de la noche, Madero y Pino Suárez fueron trasladados de Palacio Nacional a la prisión de Lecumberri. Cuando llegaron, se les ordenó que descendieran de los vehículos y allí fueron muertos a tiros. Por la mañana, los periódicos publicaron la noticia “oficial”: “Madero y Pino Suárez intentaron huir, un grupo de maderistas intentó violentamente su liberación, en la refriega ambos fueron asesinados”.⁴⁵

Mucha gente aún leal a Madero, de escasos recursos, construyó un improvisado santuario para los hombres caídos. Con sus muertos, Ciudad de México recuperó la paz. En esos diez días, en realidad catorce, el destino de la política penetró en Ciudad de México, la charla, el debate, las negociaciones fueron sustituidas por armas y fuego, y los habitantes de la ciudad pagaron el precio. La gente que lo vivió recordará muchos años después cómo llegó la Revolución a la ciudad, cómo de repente se enfrentaron al miedo, al hambre y a la muerte. Ciudad de México estaba bajo fuego, fuego político, y las cosas cambiaron a partir de entonces. Huerta duró en el cargo alrededor de un año. Los revolucionarios dirigidos por Venustiano Carranza lo derrotaron en agosto de 1914. Nunca más la ciudad volvió a ser la misma y para todos quedó claro, una vez más, que para dominar todo el país, había que controlar Ciudad de México, una ciudad que alguna vez fue una pequeña isla en el lago de Texcoco.

⁴⁵ *El Imparcial*, 23 de febrero de 1913, www.hndm.unam.mx; *El Diario*, 23 de febrero de 1913, www.hndm.unam.mx.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.